

A NUESTROS PIES EL AMOR Por Javier Leoz

Jueves Santo es el día de la cena eucarística acompañada de un gesto que, dejó desconcertados a más de un discípulo: Jesús lavando los pies. De nuevo, en este Jueves Santo, descubrimos y recordamos que si Dios se llega por amor, hasta los mismos pies de los hombres, es porque también nosotros estamos llamados a deshacernos en detalles y delicadeza hacia los demás.

1. Era costumbre entre los judíos ofrecer a los invitados la oportunidad de asearse los pies. Los caminos polvorientos daban una ocasión propicia para que el señor de la casa, a través de los siervos, honrase a los visitantes de esta manera.

Lo extraordinariamente nuevo del relato evangélico es que, no es un discípulo quien se humilla para enjabonar los pies. Es el mismo Cristo (quien siendo Señor) realiza este gesto como enseñanza, indicación y condiciones para ser sus testigos: “si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros”.

A partir de ese momento, aunque todavía estaban sostenidos en el aire los ecos de las bienaventuranzas, cambia el orden de valores para entender y comprender el fundamento de la comunidad cristiana: quién más sirve es el más importante a los ojos de Dios y cuenta con el beneplácito del Maestro.

Cuando el sacerdote se arrodilla a los pies de doce personas, que representan el apostolado, se recuerda a sí mismo y nos interpela a todos sobre el camino que llevamos para vivir el Evangelio: el amor. Este detalle, entre otras muchas cosas, nos pregunta sobre ciertos atajos que a veces cogemos para huir de realidades que no nos gustan.

Ciertamente que, a veces, es duro llevar hasta las últimas consecuencias esa exigencia: amar aun humillándose. Pero lo cierto es que, Jueves Santo, no es un simple reportaje para contemplar tres diapositivas sobre el sacerdocio, la eucaristía o el amor.

Jesús, antes de ofrecer su vida al Padre, quiere dejarnos (como lo hizo con sus discípulos) algunas cosas claras y que expresan sus últimas voluntades. Pedro, en su reacción airada, puede reflejar perfectamente a cuántos nos resistimos a comprender, entender la fe y el ser iglesia desde el servicio. ¿Lavarme Tú a mí los pies?

2. Jueves Santo es una llamada a la Iglesia para que siga potenciando, aunque muchos no se den cuenta o incluso lo ignoren, uno de sus pilares fundamentales: el amor desde el servicio.

Sólo una Iglesia que sirve (aunque sea desde el silencio y sin demasiado ruido) puede celebrar con verdad el segundo regalo que el Señor nos deja después de lavarnos los pies: la eucaristía.

La eucaristía, en Jueves Santo, se convierte para nosotros en una garantía de que el Señor, aunque se vaya, se quedará de una forma misteriosa pero real. ¿Por qué nos cuesta tanto mantener vivo el deseo de Jesús de que no nos cansáramos de celebrarla? Hoy vivimos horas para comprometernos en cuidar y valorar, vivir y formarnos en este Misterio que es la fuente y la cumbre de todo nuestro apostolado, de nuestro ser iglesia, de todo lo que realizamos allá donde nos encontramos.

3. Nuestra vida cristiana no puede quedar reducida a una relación única y personal con Dios (sería muy cómodo) pero tampoco a una especie de “ong” que prescinde totalmente de una referencia al amor divino instalándose en un plano meramente solidario y humanitario.

Jesús, junto con el mandamiento del amor y la eucaristía, nos deja para nuestra reflexión y servicio, el don del sacerdocio. Los sacerdotes, con muchas debilidades y conscientes de nuestros fallos, intentamos que –por encima de todo- el mundo no olvide que Dios es amor. Un amor que se entrega y se hace presente en cada eucaristía. Un amor que, cuando se consagra y se comulga, empuja a desvivirse con pasión y sin miedos a favor de los hombres. Aunque sea en pequeños detalles.

Si el Señor se arrodilla en esta tarde ¿Por qué nos cuesta a nosotros incluso inclinar un poco la cabeza ante el hermano?

A VUESTROS PIES, HERMANOS

Me rendiré, como sacerdote,
para recordarme a mí mismo
que, un sacerdocio sin obras,
son palabras que tal vez disipa el viento
Que una entrega clavada y escrita en
discursos
exige como broche de oro el amor.
Un amor que es sacrificio y sufrimiento,
pasión, incomprensión e incluso rechazo.

¡A vuestros pies, hermanos!

Me inclinaré como cristiano
Sabiendo que, si digo ser de Cristo,
he de descender a la realidad del que llora
o desde la pobreza añora una mano amiga

¡A vuestros pies, hermanos!

Derramaré el agua de mi tiempo
cuando, la soledad que a tantos atenaza,
reclame mi atención, mi presencia o mi
consejo
Enjugaré, con las lágrimas de mi compasión,
cuando encuentre peregrinos que han
perdido el norte
almas que, por el camino, quedaron tibias
corazones que, en tantas traiciones,
quedaron enfundados en el pesimismo o el
desamor

¡A vuestros pies, hermanos!

Caeré envuelto con la toalla de mi
comprensión
ataviado con el traje del que sirve más y
mejor
fortalecido con la jofaina de la oración
enriquecido con el agua de la fe
empujado con las armas de la oración

¡Sí! ¡A vuestros pies, como Jesús!

Me inclinaré para, en esos pies sufrientes
encontrar las huellas de un Dios invisible
pero visible
triumfante pero presente en la humanidad
doliente
celestes pero abrazado al hombre bajo mil
cruces

¡A vuestros pies, hermanos!

Dirigiré mis ojos, mis manos y mi corazón
Mis ojos para ver en ellos el rostro de Cristo
Mis manos, para ser testigo de la fe y del
Evangelio
Mi corazón, para no quedarme disfrazado
en palabras
Gracias, Señor, porque al buscar mis pies
me indicas y sugieres el camino que he de
seguir
para amarte, servirte y ofrendarte mi vida
entera:
**¡EL AMOR QUE SE DA CAYENDO A LOS PIES
DE LOS DEMÁS!**